

presencia del ser, su revelación como gracia y como destino y esa supuesta actitud de acogimiento sin violencias ni imposiciones por parte del hombre, ocultan en Heidegger un contenido que se convierte en instrumento de dominio, en criterio de selección para jerarquizar la realidad en función de una previa toma de postura ante ella. Porque el *ser* es siempre un *ser interpretado*, y esa interpretación nunca es inocente. Lleva consigo todos los supuestos y prejuicios de que hablaba Nietzsche; también él ejerce su violencia sobre los entes para adecuarlos a un orden que no procede de una revelación gratuita sino de una metafísica que se oculta tras esa mística actitud de acogida y hospitalidad.

6.

La tesis que intentamos defender en esta última parte se puede resumir así. La metafísica es inevitable en la medida en que se pretende hacer filosofía. Lo absoluto estará presente bajo uno u otro nombre, oculto tras los intentos más radicales de negarlo. El verdadero problema radica en el lugar en que se coloque este absoluto: de ello depende que la metafísica se convierta en un discurso de legitimación con consecuencias funestas para los hombres de carne y hueso o que contribuya al intento de «vivir bien» que pretendía Aristóteles.

Kant demostró suficientemente la imposibilidad de construir una metafísica como ciencia especulativa. Pero no llegó a desarrollar el peligro que conlleva una metafísica así entendida. Porque si es verdad que el absoluto metafísico constituye el punto de vista privilegiado desde el cual se ordena y jerarquiza el mundo, los ciudadanos de a pie se verán sometidos a un poder ajeno a su existencia concreta que los trasciende y que los juzga. Cualquier absoluto situado más allá de cada uno de los seres humanos se convierte en una amenaza para su autonomía, en el reflejo ideal de poderes mucho menos ideales que anulan su alteridad y los convierten en piezas de un único organismo. Emmanuel Lévinas¹⁰ ha mostrado la violencia que subyace en la metafísica occidental: su empeño en reducir «lo otro» a «lo mismo» pone en peligro la alteridad concreta de cada uno de los hombres. «Lo otro» queda neutralizado en la medida en que se convierte en tema, en que debe someterse a las exigencias del concepto, objetivarse en lenguaje. Como decíamos antes, esta violencia es constitutiva de todo lenguaje y no hay que lamentarla. Lo que sucede es que la actitud metafísica sacraliza esa reducción a «lo mismo», sacrificando a ella toda diferencia. La metafísica asume así un papel imperial, aunque por razones muy distintas a las que motivaban la protesta de Heidegger.

¹⁰ Ver Lévinas, *Totalidad e infinito*, *Sígueme*, Salamanca, 1977.

Y quien crea que este imperialismo metafísico se reduce al manejo de las ideas, tiene en la historia abundantes ejemplos que muestran su incidencia en la vida de los hombres. A más de uno le ha costado la vida su negativa a someterse a los fundamentos de turno. Las grandes hipóstasis en cuyo nombre se ha sacrificado toda diferencia son herederas de la metafísica especulativa, de la idea que asume un papel imperial bajo nombres muy diversos, como Dios, la Razón, el Progreso, la Raza, la Nación, la Ciencia. Todas esas mayúsculas de entidades hipostasiadas y sacralizadas, resultan así terriblemente peligrosas para la integridad física de quienes deben vivir a su sombra. Porque, como decían los antiguos, el Ser y el Bien se identifican, y es el fundamento metafísico quien representa el paradigma del valor, de tal modo que los hombres de carne y hueso sólo serán valiosos en la medida en que se identifiquen con la fuente de todo bien. Y en caso contrario, ya sabemos lo que sucede.

Nietzsche se preguntaba de dónde venía lo que él llamaba «egipticismo»¹¹, esa manía filosófica de desvalorizar todo lo concreto, lo histórico, lo corporal para privilegiar lo abstracto, lo intemporal, lo «espiritual» en el peor sentido de la palabra. Tenía razón: la historia de la filosofía muestra los denodados esfuerzos del pensamiento por privar de realidad a lo que tenemos delante de nuestras narices (irónicamente Nietzsche reivindicaba la importancia de esa nariz tan poco valorada por los filósofos) y concedérsela en cambio de buen grado a entidades más o menos evanescentes, como las Ideas, las Formas o el Espíritu Absoluto. Lo mismo ha sucedido con el tiempo: todo lo que deviene (es decir, todo lo que existe) resulta sospechoso de ser una mera apariencia, y sólo lo inmutable (es decir, lo que no existe) goza de presunción de realidad.

Quizás haya que buscar en el famoso texto de la *Fenomenología del Espíritu*¹² en el que Hegel describe la dialéctica del Señor y el Siervo una de las claves de este egipticismo. Mientras el Siervo se relaciona directamente con la naturaleza por su trabajo, el Señor «se relaciona con la cosa de modo mediato, por medio del Siervo». Y esto establece una distancia entre el Señor y la naturaleza concreta, histórica y material, que no puede menos que trasladarse a su visión del mundo. Si recordamos que es el Señor quien escribe la historia (y la Filosofía), no puede sorprendernos que el concepto de humanidad quede impregnado de esa abstracción que constituye la esencia de todo dominio. Y nos hemos encontrado así otra vez con el poder, agazapado detrás de la más inocente de las metafísicas. El Señor debe legitimar su papel, y para ello debe apropiarse del concepto de «alma», otorgándole una realidad y un valor más alto que el que posee el «cuerpo» de su Siervo. El Señor hace suyo el concepto de «hombre», que en adelante llevará la marca de la abstracción inherente a su propio

¹¹ Nietzsche, ob. cit., I.

¹² Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, B, IV, a. «Señor y Siervo».

papel en la historia: quedará privado de materia y de tiempo, las dos notas esenciales de la transformación concreta del mundo. La historia de la metafísica occidental no hace más que elevar esta división del trabajo a categorías ontológicas¹³.

7.

¿Queda otro camino para la metafísica? Kant lo vio claramente, aunque su discurso haya quedado oculto detrás de un lenguaje racionalista y más de una concesión a un rigorismo inaceptable. La metafísica debe renunciar a sus intentos de fundar nuestra comprensión del mundo: todo fundamentalismo metafísico acaba convirtiéndose en fundamentalismo a secas. Sólo hay un lugar en el cual el absoluto abandona su pretensión de dominio, su papel imperial y totalitario, y es el ámbito de la ética. Lo único que puede ser considerado como absoluto renunciando a esa violencia metafísica de que hemos hablado es el ser humano de carne y hueso. En palabras de Kant: «obra de manera que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como fin y no sólo como medio»¹⁴. Todo es relativo menos el hombre: todos los fines de las acciones humanas deben subordinarse a otros fines hasta que nos topamos con ese «fin independiente» que vale por sí mismo, que no depende de ningún fundamento abstracto y que sólo debe respeto a los otros hombres, tan absolutos como él.

La metafísica se convierte así en ética. Las relaciones humanas (el «lugar» de toda moral) no deben subordinarse a ninguna legislación que pretenda asumir un papel imperial sobre ellas, ningún fundamento debe prevalecer sobre el más insignificante de los seres humanos. Las grandes hipóstasis hijas de las diversas metafísicas que en el mundo han sido (Dios, la Razón, el Progreso, la Ciencia, la Raza, la Nación, el Estado y, más recientemente, el Mercado) deben ceder sus pretensiones e inclinarse ante cada uno de los individuos de a pie que pueblan la tierra. Los hombres no están en función de nada, no reciben su dignidad por participación de ninguna idea abstracta sino que la tienen por el mero hecho de existir, independientemente de sus cualidades evaluables en términos empíricos.

Nada de esto puede *demostrarse*, por supuesto. Porque también la renuncia a tal demostración forma parte de la renuncia al papel imperial de la metafísica, ya que demostrar la experiencia moral implicaría volver a ponerla en función de una instancia abstracta más fundamental que ella. Y no la hay. Kant hablaba del «hecho de la razón»¹⁵ como el punto de partida de toda moral: como todo hecho, esta experiencia se impone como un punto de partida y no como la consecuencia de un razonamiento.

¹³ Podría objetarse que el panteísmo de Spinoza, pese a su carácter eminentemente metafísico, no implica consecuencias opresivas como las que hemos descrito, sino más bien una actitud abierta, democrática y tolerante. Quizás haya que buscar la explicación en las peculiaridades del panteísmo spinoziano. Si Dios y la naturaleza se identifican, el absoluto es el todo y por lo tanto ninguna abstracción hipostasiada se arroga el privilegio de postularse como criterio jerárquico al cual deba subordinarse todo lo demás. Afirmar que lo absoluto es el todo es lo más parecido a negar la primacía de cualquier absoluto, despejando el camino para que la razón humana pueda ejercitarse libremente.

¹⁴ Kant, Fundamentación de la metafísica de las costumbres, cap. II.

¹⁵ Kant, Crítica de la razón práctica, I parte, lib. 1, párrafo 7.

Sucede algo similar (sólo similar) con la experiencia estética: puede especularse todo lo que se quiera acerca del arte y la belleza, pero cualquier teoría descansa en la experiencia de lo bello, irreductible a cualquier teoría e indemostrable para quien no la perciba. No se trata de que la persona reciba su valor de alguna instancia superior a ella: la conversión de la metafísica en ética implica abandonar la búsqueda de cualquier justificación teórica de la experiencia moral, cualquier punto de apoyo que pretenda arrogarse el papel de prestar su propia dignidad al ciudadano de a pie.

Esto no es irracionalismo sino todo lo contrario. Se trata de recoger esa vieja aspiración metafísica de poner orden en el mundo pero evitando que ese orden lo paguen los hombres de carne y hueso, sometidos a un poder anónimo que se esconde tras hipóstasis escritas con mayúsculas. Y con la ventaja de que la razón, en este caso, guarda una fidelidad a los *hechos* que los vuelos especulativos de la razón metafísica habían olvidado. Porque entre los hechos que forman eso que llamamos *mundo* hay sólo uno que se presenta con pretensión de absoluto a la experiencia (a la experiencia moral, por supuesto). Y es lo que Levinas llamaba «resistencia ética»: los hombres son «fines en sí» no por participar de alguna misteriosa esencia metafísica sino porque en sus relaciones se resisten de hecho a la mera instrumentación y *es precisamente esa resistencia la que los constituye como hombres*. El mismo Nietzsche decía (desde una óptica muy diversa a la que estamos exponiendo) que incluso en la voluntad del que sirve había encontrado voluntad de ser señor, y este «deseo de reconocimiento» es lo que diferencia a las relaciones humanas de las relaciones con las cosas y a la historia humana de la mera historia natural. Este «hecho de la razón», tan inmediato y cotidiano, se constituye así (o debe constituirse) en ese último criterio de orden que la metafísica ha buscado fuera del mundo¹⁶.

Nada de esto es nuevo, por supuesto. Lo mejor del pensamiento ilustrado (Rousseau y Kant, por ejemplo) habían advertido hace mucho tiempo acerca del peligro de someter a los hombres a instancias ajenas a su existencia concreta y no es su culpa si la retórica actual de los derechos humanos ha caído en una abstracción compatible hasta con el hambre y la guerra. Es de esperar que «la muerte de la metafísica» que anuncia esta confusa posmodernidad que estamos viviendo, no implique solamente la sustitución de unos fundamentos por otros sino que abra el camino a una ética concreta que no necesite legitimarse en instancias ajenas a la vida cotidiana de los hombres corrientes.

¹⁶ Esta primacía de la ética implica una concepción determinada de la experiencia moral, que he tratado de desarrollar en otros artículos. Véase, por ejemplo, «Ética y diferencia», en *Isegoría* (Instituto de Filosofía del CSIC), N° 3, abril 1991, pág. 186-195; «Igualdad y diferencia en la filosofía moral de Kant», en *Claves de Razón Práctica*, N° 46, octubre 1994; «Egoísmo y altruismo», en *Claves de Razón Práctica*, N° 52, mayo 1995.

Augusto Klappenbach